

Por el Doctor J. A. LÓPEZ LOS DÍAS DE REC

23

Ciertas familias trataban de intimar con los vecinos que disfrutaban de posición económica desahogada, para esquilmarlos con peticiones, visitas y préstamos. Los había que no se "paraban en pelitos" y pedían prestados periódicos, libros, ropas y los utensilios de mesa y cocina.

Las víctimas del asedio eran visitadas con frecuencia por las criaditas de las "pedigüeñas".

—Dice la señorita que le preste un mantel y un juego de servilletas y las "tacitas" de café, pues espera visita a comer.

—La "familia del frente" quiere que usted le "empreste" su abrigo de pieles, pues va esta noche al teatro.

—Que le mande cuatro fuentes grandes y doce platos.

—Que la señorita le facilite el traje azul que se estrenó ayer, para sacar un modelo.

Y así llovían las peticiones y las demandas. Había vecino que se levantaba temprano y tan pronto el "repartidor" dejaba en la casa cercana el periódico, lo pedía prestado por un "momento solamente", para "ver los cables nada más". Y se leía hasta los anuncios. Las publicaciones más solicitadas eran *El Figaro* y *La Habana Elegante*.

—¡Oye, chica! ¡Préstame *El Figaro*, pues quiero ver lo que dice Héctor de Saavedra del baile de la Caridad del Cerro!

Las visitas y las retretas del Parque Central constituían en tiempos pasados, la mejor y casi las únicas maneras de "matar el tiempo". No había, como ahora, los clubs, casinos, "visitas a clínicas de cirugía", cines y otros lugares de reunión. La vida tenía

horizontes limitados por las costumbres reinantes, la falta de medios rápidos de comunicación, el mal estado de las calles y la falta de alumbrado de éstas.

Las "muchachas" en sus salidas "debían" ir acompañadas de sus mamás, y si eran muchas, de sus tías y otras "vigilantes auxiliares". En los bailes esto complicaba "las convidadas" a la pareja, pues había que invitar también a las "personas mayores" que habían llevado a la "niña" al baile. Y era frecuente que los jóvenes estudiantes se vieran en trances difíciles. Ciertas jovencitas, aleccionadas por sus "mamaitas", tan pronto habían bailado dos o tres "piezas", se quejaban de sed. El galán que llevaba en el bolsillo diez centavos a lo sumo, hacía sus cálculos:

—¡La convidó a limonada que es barata!

Y comenzaba a celebrar las virtudes del limón, que quita la sed y refresca mucho.

—¡Es la bebida más sana!

Y creyendo ya resuelto el problema, obsequioso y atento, invitaba a su pareja "a tomar algo".

Pero no contaba con la "huésped" o mejor dicho con las. La jovencita aceptaba el convite, pero con una condición. Que la acompañaran su mamá y su tía. Estas, en extremo complacidas, correspondían a su atención, pero llevando a sus compañeras de "chaperones". Y el pobre joven se veía metido en el gran "lio". Había pensado resolver el problema con un modesto refresco y se encontraba de pronto con una legión de convidados. ¡Y cómo eran algunos! Querían sacar "tripa de mal año".

Cuando llegaban al café se posesionaban de una mesa y las "mamás aprovechadas" comenzaban su labor:

—¡Anda niña! ¡No tengas pena! ¡Mira que este joven es de confianza!

Y volviéndose para el "angustiado y obligado anfitrión", le explicaba:

—¡Por el afán de venir al baile, esta criatura no quiso comer! Ahora la pobre debe de estar muerta de debilidad. Las jóvenes son así. Todo les da pena. Yo soy más franca: Mozo, tráigame una ración de pavo y otra de jamón. ¡Y un chocolate con bizcochos!

Y pedían lo mismo para las demás "convidadas" a la brava.

No es necesario decir que el jo-

Por el Doctor J. A. LÓPEZ DEL VALLE.
LOS DÍAS DE RECIBO.

Ciertas familias trataban de intimar con los vecinos que disfrutaban de posición económica desahogada, para esquilmarlos con peticiones, visitas y préstamos. Los había que no se "paraban en pelitos" y pedían prestados periódicos, libros, ropas y los utensilios de mesa y cocina.

Las víctimas del asedio eran visitadas con frecuencia por las criaditas de las "pedigüeñas".

—Dice la señorita que le preste un mantel y un juego de servilletas y las "tacitas" de café, pues espera visita a comer.

—La "familia del frente" quiere que usted le "empreste" su abrigo de pieles, pues va esta noche al teatro.

—Que le mande cuatro fuentes grandes y doce platos.

—Que la señorita le facilite el traje azul que se estrenó ayer, para sacar un modelo.

Y así llovían las peticiones y las demandas. Había vecino que se levantaba temprano y tan pronto el "repartidor" dejaba en la casa cercana el periódico, lo pedía prestado por un "momento solamente", para "ver los cables nada más". Y se leía hasta los anuncios. Las publicaciones más solicitadas eran *El Figaro* y *La Habana Elegante*.

—¡Oye, chica! ¡Préstame *El Figaro*, pues quiero ver lo que dice Héctor de Saavedra del baile de la Caridad del Cerro!

Las visitas y las retretas del Parque Central constituían en tiempos pasados, la mejor y casi las únicas maneras de "matar el tiempo". No había, como ahora, los clubs, casinos, "visitas a clínicas de cirugía", cines y otros lugares de reunión. La vida tenía

horizontes limitados por las costumbres reinantes, la falta de medios rápidos de comunicación, el mal estado de las calles y la falta de alumbrado de éstas.

Las "muchachas" en sus salidas "debían" ir acompañadas de sus mamás, y si eran muchas, de sus tías y otras "vigilantes auxiliares". En los bailes esto complicaba "las convidadas" a la pareja, pues había que invitar también a las "personas mayores" que habían llevado a la "niña" al baile. Y era frecuente que los jóvenes estudiantes se vieran en trances difíciles. Ciertas jovencitas, aleccionadas por sus "mamaitas", tan pronto habían bailado dos o tres "piezas", se quejaban de sed. El galán que llevaba en el bolsillo diez centavos a lo sumo, hacía sus cálculos:

—¡La convidó a limonada que es barata!

Y comenzaba a celebrar las virtudes del limón, que quita la sed y refresca mucho.

—¡Es la bebida más sana!

Y creyendo ya resuelto el problema, obsequioso y atento, invitaba a su pareja "a tomar algo".

Pero no contaba con la "huésped" o mejor dicho con las. La jovencita aceptaba el convite, pero con una condición. Que la acompañaran su mamá y su tía. Estas, en extremo complacidas, correspondían a su atención, pero llevando a sus compañeras de "chaperones". Y el pobre joven se veía metido en el gran "lío". Había pensado resolver el problema con un modesto refresco y se encontraba de pronto con una legión de convidados. ¡Y cómo eran algunos! Querían sacar "tripa de mal año".

Cuando llegaban al café se posesionaban de una mesa y las "mamás aprovechadas" comenzaban su labor:

—¡Anda niña! ¡No tengas pena! ¡Mira que este joven es de confianza!

Y volviéndose para el "angustiado y obligado anfitrión", le explicaba:

—¡Por el afán de venir al baile, esta criatura no quiso comer! Ahora la pobre debe de estar muerta de debilidad. Las jóvenes son así. Todo les da pena. Yo soy más franca: Mozo, tráigame una ración de pavo y otra de jamón. ¡Y un chocolate con bizcochos!

Y pedían lo mismo para las demás "convidadas" a la brava.

No es necesario decir que el jo-

ven buscaba afanoso un amigo que lo sacara del apuro. Y si no lo encontraba, tenía que recurrir a un dolor imprevisto e indecible que justificara su rápida huida y abandono de la mesa y de la "grata" compañía, para no en "enfrentarse con la cuenta". Le pasaba el lío convertido en "burujón" a la vieja...

Las visitas eran lo más económico y socorrido. Los "días de recibo" desde los fastuosos, elegantes y notables en todo orden de las familias distinguidas, tanto ricas como en posición modesta; hasta los pintorescos de las que gustaban de la imitación y de la parodia, constituían el medio más grato de pasar el rato, charlar y mantener amistosas relaciones.

Las tertulias se celebraban, según la hora, o en los portales de la casa o en las salas de recibo. En los primeros, por la tarde. En las segundas, por la noche. Se hacía música. Se recitaban poesías. Se charlaba. El arte de la conversación tan sugestivo y exponente de la cultura, de la discreción y de la gracia, se va perdiendo en las sociedades modernas, en la oscuridad del cine, o ante las mesas de juego, durante cuyo acto no se debe hablar.

Las reuniones familiares, ponían de manifiesto la manera de ser, la distinción, la educación y las relaciones sociales de las distintas familias. Muchas de esas fiestas eran suntuosas, en las que se hacía verdadero derroche de riquezas y de buen gusto. La hospitalidad, la gracia y simpatía tan naturales en el cubano, encontraban escenario apropiado para mostrarse en esas tertulias donde se lucían las más bellas cualidades.

No faltaban las llamadas reuniones "cursis" que resultaban en extremo divertidas. Tenían lugar en las casas de personas poco preparadas para tales actos y que llevadas por un espíritu de imitación, querían, también, tener su "recibo".

Los estudiantes acudían a esas divertidas reuniones, que resultaban simpáticas y amenas. Recordamos, entre otras, el caso de una familia cuyo jefe era un buen

hombre ya bien entrado en años, pero que aunque con "algunos recursos" ganados con "el sudor de su frente", desempeñaba durante el día, los más rudos trabajos. Claro. Por la noche estaba rendido, ansioso de acostarse en busca de un bien ganado descanso.

Pero sus hijas no estaban en el mismo caso. Alegres, divertidas y ansiosas de lucir sus encantos armaban una fiesta con una frecuencia abrumadora.

Y era de ver los recursos a que acudía el pobre viejo para "espantar" las visitas temprano. Tan pronto daban las diez de la noche, en plena reunión, gritaba a una criadita:

—¡Juana, saca la basura, que ya es tarde! ¡Son más de las diez!

Las muchachas se ruborizaban ante la "franqueza" del papá. Da-

ban excusas. Pedían perdón por las majaderías de su padre.

—¡Es tan llano! ¡Tiene tanta confianza con ustedes, los quiere tanto, que los trata como de la familia!—decían angustiadas las avergonzadas jovencitas.

Pero nada. La orden del amo se cumplía. Y la sirvienta, que también tenía sueño, paseaba el cajón de la basura por la sala para acabar con la reunión.

Si a pesar de aquella "andana-da" los jóvenes visitantes no se iban, entonces se dictaba otra orden más efectiva:

—Bueno, hijas mías. ¡Vámonos a dormir, que estos muchachos se quieren ir!

—¡Juana, cierra la llave de la luz!

Y la criadita acudía al reloj del gas, y a su vez amenazaba:

—¡Váyanse, que apago!



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

